Problemas y métodos de nuestra lucha

(Declive y renacimiento de los antiguos agrupamientos del socialismo. Los nuevos agrupamientos en el socialismo. Escisión y unidad.)

León Trotsky

15 de marzo – 6 de junio de 1915

(Versión al castellano desde "Problèmes et méthodes de notre lutte", en L. Trotsky, *La guerre et la révolution*, Tomo Segundo, Editions Tête de Feuilles, París, 1974, páginas 61-70. Publicado en *Nache Slovo*, 15 de marzo – 6 de junio de 1915)

Declive y renacimiento de las antiguas agrupaciones del socialismo

Las raíces de la actual crisis en el socialismo internacional se hunden profundamente en la época anterior.

Las corrientes y agrupaciones, constituidas y fortalecidas durante los últimos diez años, se determinaron en función de su relación con el parlamentarismo, considerado como el arma de las reformas sociales. En principio, el anarquismo negaba la posibilidad y la utilidad de las instituciones de la sociedad burguesa para servir a los intereses de la emancipación social proletaria. Derrotado en la teoría y en la práctica por el marxismo, el anarquismo se manifestó repetidamente como la reacción elemental de las tendencias revolucionarias contra el reformismo parlamentario. En su concepción marxista, la *socialdemocracia* consideraba que el "juego normal" de las fuerzas en la sociedad burguesa conducía irremediablemente a la profundización de las contradicciones sociales; la solución de estas contradicciones sólo podía pasar por la conquista por parte del proletariado de una posición de dominio de orden político en el seno de la sociedad burguesa; por último, el mecanismo de la democracia creaba un escenario insustituible para la movilización de los proletarios y para su unión. El anarquismo opuso a los engaños burgueses, al parlamentarismo, la revolución social como única realidad (utopía, como los objetivos de los proletarios). El oportunismo de principios fragmentó el problema socialista reduciéndolo al ámbito parlamentario y a la reforma. La socialdemocracia subordinó el parlamentarismo a la revolución como medio para alcanzar su fin.

Estas fueron las tres corrientes fundamentales de la época anterior. El carácter de ésta no les ofrecía, ni mucho menos, las mismas condiciones de manifestación y desarrollo. El anarquismo desapareció por completo en los partidos obreros o sufrió profundos cambios internos bajo los rasgos del sindicalismo francés. Este último, en un periodo no revolucionario, entró en el callejón sin salida de la filosofía de la iniciativa minoritaria o del "mito" revolucionario de la huelga general. El sindicalismo se adaptó, con mayor o menor éxito, a las exigencias de la lucha sindical. La socialdemocracia, con los sindicatos profesionales reuniendo sus fuerzas para obtener las reformas sociales, a las que subordinaba el objetivo de la revolución social, se subordinó, en el espacio de una generación, al poderoso aparato del poder burgués. Según la concepción marxista, es decir, el sentido mismo del desarrollo histórico, lo que era el medio se convirtió en el objetivo. Cuando el "Centro" se adaptó a los limitados métodos del movimiento agrupando (en un grado mucho mayor de lo esperado, dada su experiencia política) elementos de rutina y estancamiento, el ala izquierda extremista, que, al igual que el Centro, había surgido de las conclusiones teóricas generales marxistas, trató de hacer que el partido adoptara métodos más revolucionarios; pero los resultados de estos esfuerzos,

apoyándose en el inmovilismo de la coyuntura política, sólo condujeron a los pródromos de una crítica interna en el partido. Si, en todas estas condiciones, el reformismo no fue el amo absoluto en todo el campo de batalla de la lucha proletaria, no fue por su culpa: el "juego normal", con el que contaban los reformistas, en las condiciones de un rápido aumento de las contradicciones mundiales y sus consecuencias (el despilfarro de los bienes del pueblo por el militarismo) segó la hierba bajo los pies de las reformas sociales en Alemania. En la medida en que se llevaron a cabo en Inglaterra y Francia, no constituyeron un avance de principios respecto al desarrollo de la legislación social en un país gobernado por el capitalismo, Alemania. Además, la subida de precios paralizó los resultados sindicales y parlamentarios de la lucha de clases. Esta situación confirmó objetivamente la concepción social-revolucionaria marxista de que la práctica de todas las organizaciones proletarias crea una base psicológica para el reformismo. Aunque los oficiales y suboficiales del partido obrero no sucumbieron a la utopía del reformismo principista, sus estrechos puntos de vista políticos no les permitieron descubrir las vastas perspectivas revolucionarias, y se encerraron inevitablemente en el culto a la organización en tanto que organización. Este hecho encontró su pleno desarrollo en el país modelo de la organización socialdemócrata: Alemania. Pero, a su vez, el fetichismo de la organización abrió las puertas a las ilusiones del reformismo, simplemente porque la conciencia política de clase "no soporta el vacío".

El carácter parlamentario y reformista del movimiento obrero, al subordinar sus métodos a concepciones estrechamente nacionales de las agrupaciones y combinaciones políticas, pesó sobre la conciencia política de los partidos socialistas, dando al internacionalismo el lugar de un principio abstracto. La guerra de intereses imperialistas, al revelar los resortes fundamentales de la política capitalista en todos los países y al plantear de frente los problemas económicos, políticos y nacionales de todo el mundo, no podía sino poner al descubierto, de un plumazo, el carácter estrecho de miras y retrógrado de los partidos socialistas de la Segunda Internacional.

Pero si las organizaciones obreras demostraron que no estaban "preparadas", es evidente que las agrupaciones internas, que se formaron en los partidos socialistas sobre la base de sus métodos "orgánicos" de trabajo, tuvieron que revelar su inadecuación a las nuevas condiciones y a los problemas planteados por la época de las catástrofes. Este es el primer hecho que salta a la vista. Los marxistas Guesde, Hyndmann y Plejánov adoptaron la misma posición de principios contra la guerra que los reformistas Heine y Sudekum y los anarquistas Kropotkin y Hill. Por otra parte, observamos en Francia que los sindicalistas, en su mayoría dirigente, se acercan a los social-patriotas y, al mismo tiempo, liquidan su hostilidad hacia el partido y hacia el poder capitalista. El Partido Laborista Independiente (inglés), más cercano al reformismo de principios que al marxismo, se muestra estrechamente vinculado al ala izquierda de la socialdemocracia alemana y a los sindicalistas de izquierda franceses. Estos últimos, encarnados por Monatte, Rosmer y Merrheim, entraron en absoluta contradicción con los sindicalistas recién promovidos (los "gubernamentales") y no encontraron mejor aliado que el "parlamentario" alemán Liebknecht. Estos ejemplos (y podrían multiplicarse) demuestran que las agrupaciones, impulsadas por el acelerado ritmo de los acontecimientos, no coinciden en absoluto con las que se formaron anteriormente en el seno de los partidos socialistas y se deshacen junto a estos últimos.

De ello no se deduce que los problemas, que dieron lugar a las antiguas agrupaciones, queden simplemente de lado. Las cuestiones de la reforma y de la revolución, base de las disputas de los partidos socialistas, no son dejadas de lado, (por el contrario, se le plantean al proletariado en toda su extensión). El reformismo puro se ha convertido en social-imperialismo, esperando la realización de reformas sociales a partir

de la victoria del poder capitalista. Sólo el socialismo revolucionario, que ve la resolución del problema supremo del proletariado no en la lucha por las reformas, sino en la lucha por asegurar la dictadura de clase del proletariado, puede interponerse en este camino. Por su complicada sucesión, no se nos puede escapar el paso de tantos heraldos de la revolución social al campo del nacional-reformismo. Para captar el vínculo entre estos hechos, debemos impregnarnos de la siguiente idea: la contradicción de hecho entre anarquismo, reformismo y marxismo no era tan profunda en la época anterior como la contradicción de principios; de hecho, no sólo el reformismo y el anarquismo tuvieron que pasar por la escuela marxista, sino que el marxismo de entonces tuvo que desarrollar su lado posibilista para aprovechar mejor las oportunidades revolucionarias. De ahí la sorprendente rapidez con la que se disuelven las antiguas agrupaciones. Los cambios decisivos que siguen la línea fundamental de una línea intelectual son progresivos, porque ponen al socialismo en contacto con problemas de orden mundial. Por el contrario, los intentos de mantener agrupaciones basadas en una vieja ideología, evitando las cuestiones relativas al hecho central de nuestro tiempo (la guerra contra el imperialismo) son profundamente reaccionarios y, de antemano, están condenados al fracaso.

Las nuevas agrupaciones en el socialismo

Ahora las agrupaciones dentro de la [Segunda] Internacional se definen por su actitud ante la guerra. Sin mucho esfuerzo, aquí podemos notar tres corrientes fundamentales.

La primera corriente "acepta" la guerra, es decir, vincula su destino al de una de las potencias beligerantes y hace de las organizaciones obreras un aparato que trabaja para el sometimiento de los trabajadores a los objetivos de la guerra y a los métodos del partido. Esto se hace o bien bajo la bandera de la defensa nacional, como en Bélgica, o bien bajo la de la defensa de la democracia, como en Francia, o bien bajo la bandera de: "es necesario asegurar el lugar del país en el mercado mundial", como en Alemania. De ello se deduce que las esperanzas, más o menos sinceras o engañosas, se fundamentan en las consecuencias de una derrota de la nación enemiga: así, Scheidemann espera una revolución en Rusia; Vaillant y Plejánov la desean en Alemania.

Estos objetivos subjetivos, en nombre de los cuales los partidos y fracciones socialistas, así como las personalidades individuales, subordinan sus actividades bajo la mirada del estado mayor, no pueden ser considerados con indiferencia. En el futuro, dependiendo del curso de los acontecimientos, pueden llevar a los militantes socialistas en varias direcciones. Pero la guerra es el hecho fundamental de la actual situación mundial. La forma de comportarse con ella es en sí misma un programa decisivo. No sólo define la dirección de la acción política (apoyo a la guerra o lucha contra ella), sino que también determina qué agrupaciones se diferenciarán después de la guerra. Una vinculación activa con el militarismo, es decir, la responsabilidad política y moral de las consecuencias de esta vinculación ante las masas trabajadoras, puede desarraigar de la conciencia de los social-militaristas los objetivos primitivos. El hecho de que Bélgica sea una nación débil y neutral, de que Alemania sea "una gran potencia militar", de que Francia sea una "república", de que Alemania sea una "monarquía *semifeudal*", no cambia la importancia del hecho de que los dirigentes socialistas de estos países hayan tomado partido por la defensa nacional. La consecuencia objetiva fue la sumisión política de la clase obrera a los intereses e ideología de sus enemigos de clase. Desde el punto de vista de los intereses del socialismo internacional, los social-militaristas de todas las tendencias forman, para nosotros, un solo grupo dominante en la [Segunda] Internacional en la actualidad (el predominio de este grupo y la quiebra de la Segunda Internacional son sólo nombres diferentes).

La corriente central contiene los elementos que, sin vincular las cuestiones de clase del proletariado a la victoria de tal o cual país, ven en la situación actual del socialismo el resultado provisional de una catástrofe exterior que exige la paralización de los sentimientos internacionales y de los vínculos de los proletarios. Cierran los ojos ante las profundas contradicciones entre las tendencias nacionales y los problemas internacionales, contradicciones contenidas en la Segunda Internacional, que sería un valioso instrumento en tiempos de paz, pero que no serviría para el trabajo constructivo durante la guerra. Proponen, pues, "pasar" la guerra con paciencia, aceptando las tendencias nacionales como una circunstancia temporal, y luego sancionar todo el pasado en un congreso internacional, para amnistiar los excesos patrióticos y restablecer la [Segunda] Internacional sobre la base de las viejas contradicciones. A esto tiende fundamentalmente la posición de Kautsky. Este optimismo acrítico y vulgarmente repelente es la expresión más perfecta de la bancarrota de los grupos marxistas influyentes ante los problemas revolucionarios de la nueva época. Los que no pueden responder a estas preguntas de manera que conduzcan a la acción, se excluyen y dejan el campo a los social-militaristas o a los internacionalistas revolucionarios. Si las resoluciones de Viena, dictadas por el "Centro" alemán, demuestran la esterilidad de esta posición política de "luchar" contra la guerra y de sancionarla a la vez, hechos como las declaraciones que comunicará al Reichstag de forma sumisa, el paso de conocidos teóricos alemanes, como Kühn, de la posición teórica de Kautsky a la de Bernstein en busca de una nueva orientación, ilustran de forma llamativa el proceso que está haciendo pedazos al Centro. En Francia, este proceso se produjo de forma más rápida y menos notable.

La posición sumisa y vacilante del "Centro" reflejaba de manera significativa el desconcierto de las masas trabajadoras, que intentaban mantener la vieja posición ideológicamente contradictoria uniendo la actitud socialista frente al imperialismo con la idea de la defensa de la patria. La guerra, al demostrar que sólo servía a los intereses imperialistas de la clase burguesa, llevó al Centro a una inevitable y rápida bancarrota. Esta es la repercusión inequívoca del profundo y progresivo trabajo de crítica y autocrítica que se realiza en las amplias capas del proletariado socialista.

Por último, la tercera corriente de la [Segunda] Internacional está compuesta por elementos que se esfuerzan en hacer que el proletariado sea hostil a la guerra y a los que la aprueban. Así como la corriente social-nacionalista adoptó la consigna de "lucha hasta el final" (por la república, la independencia nacional o la conquista de los mercados), la corriente internacionalista adoptó inmediatamente la consigna de lucha por la paz, de cese inmediato de las hostilidades. Todas las manifestaciones parlamentarias de los internacionalistas serbios, rusos, ingleses, alemanes e italianos, la declaración de los socialistas ingleses, las palabras de Monatte y de los sindicalistas lioneses, la Conferencia Internacional de Mujeres, la Conferencia de las Juventudes y la, las manifestaciones de los socialistas en el Reichstag, el manifiesto de la minoría alemana, la resolución de la federación francesa del metal y su número del Primero de Mayo (todos estos hechos, por no hablar de las "salidas" de los socialistas neutrales, atestiguan de forma contundente el inmenso papel desempeñado por la consigna de la paz en la movilización de la Izquierda (ala izquierda) en todos los países. ¡Qué gran error político ha cometido y sigue cometiendo el grupo "socialdemócrata" al tratar de presentar esta consigna como una prerrogativa de los sacerdotes y de los pacifistas sentimentales!

Así como bajo la consigna de la lucha "hasta el final" se agrupan diversas tendencias, bajo la consigna de "guerra a la guerra" se agrupan quienes se esfuerzan, lo más rápidamente posible, por asegurar al proletariado la base "normal" necesaria para su movimiento de clase. Lo mismo ocurre con los que luchan por las reformas y los que ven en esta guerra el prólogo sangriento de profundas convulsiones sociales. El curso futuro

de la guerra, y tal o tal otra de sus consecuencias, pueden llevar en diferentes direcciones a los elementos socialistas diversos por su formación ideológica y por su pasado, a los que ahora están unidos en la lucha para detener la guerra. Pero, por otra parte, la movilización del proletariado contra la guerra y el aparato militar (este último no es otro que el estado burgués) es capaz, en caso de que se acelere el curso de los acontecimientos, de conferirle a la lucha por la paz un significado más revolucionario. La movilización de las masas contra el imperialismo puede, en caso de prolongación de la guerra, que no hace más que aumentar en barbarie, conducir a un choque directo entre el obrero con mono de trabajo o con uniforme multicolor y las autoridades. A partir de la lucha por la paz, la movilización de las masas puede conducir a la toma del poder. Si los acontecimientos adquieren este carácter agudo y decisivo, arrastrarán a los internacionalistas tímidos, que han iniciado la lucha por la paz sin perspectivas revolucionarias, y a los anarcosindicalistas, que no han resuelto la cuestión de la conquista del poder. Por supuesto que a los marxistas nos incumbe el deber de explicar a las masas trabajadoras la gravedad de la contradicción a la que la guerra imperialista empuja a la sociedad burguesa y mostrarles el alcance de las posibilidades que se le abren al proletariado.

El trabajo de organización política de la [Segunda] Internacional debe dedicarse a la unión de todas las organizaciones obreras y de todos los elementos socialistas que se niegan a concluir una "paz civil" con la burguesía. ¡Ni un hombre ni un céntimo para el poder imperialista! Sería arbitrario y peligroso promover criterios adicionales como estos: quien no cree teóricamente en la posición del marxismo o quien no está convencido de que Europa está entrando en una era de desarrollo social-revolucionario. Nuestra propaganda debe ir mucho más allá. No debe limitarse a la mera crítica del ministerialismo, la votación de los créditos, etc. Debe, descubriendo la debilidad y la contradicción de la Segunda Internacional, explicar las bases y las condiciones históricas de la nueva época social-revolucionaria y preparar así la conciencia de las capas trabajadoras avanzadas para la solución del problema planteado por una catástrofe nunca vista en la historia de la humanidad.

División y unidad

En los viejos partidos socialistas los internacionalistas son minoría. En Rusia forman una mayoría visible e indiscutible. Aquí y allá, liberándose de las viejas agrupaciones o tratando de superarlas, los internacionalistas dirigen una lucha muy enérgica contra los elementos de orientación social-patriótica. Si en tiempos normales, es decir, en períodos de cambios lentos y moleculares en la vida colectiva, las disputas políticas ligadas a una diferencia de evaluación y diagnóstico de la época se suavizan por el hecho de que las dos partes, protegiendo la unidad de la organización proletaria, ponen sus desacuerdos bajo el control de los acontecimientos futuros, bajo las condiciones de la guerra actual, que asfixia a miles de hombres y gasta millones de rublos cada día y empuja a la humanidad a un abismo de salvajismo y degradación, la contradicción sobre la cuestión *a favor de la guerra* o *contra la guerra*, adquiere un carácter esencial de gravedad, no permite ningún compromiso y conduce fatalmente a los adversarios a campos irreconciliables.

¿Cuáles serán las relaciones de los dos grupos básicos del socialismo, los nacional-reformistas y los internacionalistas revolucionarios, cuando finalmente se separen y se tensen? ¿Cuáles serán los métodos de los internacionalistas en la lucha actual para influir y dirigir el movimiento obrero? Estas dos cuestiones están estrechamente relacionadas, pero no son en absoluto idénticas.

El objetivo indiscutible de nuestra lucha ideológica y organizativa sigue siendo la depuración del social-patriotismo. La creación de condiciones tales que la política

socialista revolucionaria pueda no sólo imponerse a la mayoría, sino también paralizar a la oposición, plantea la pregunta: ¿Cómo lograrlo?

Elementos relacionados con el Comité Organizador nos han acusado, y nos siguen acusando, de seguir una orientación divergente, tanto en la socialdemocracia rusa como en los objetivos de la Internacional. Por otra parte, los camaradas, agrupados en torno a *Sozial-demokrat*, acusan a *Nache Slovo* de "compromiso", de no querer sacar las conclusiones necesarias frente a la lucha ideológica y política contra el social-patriotismo, conclusiones que se inclinan hacia un "cisma" organizado. Ambos cargos están fuera de lugar.

Teniendo en cuenta las experiencias anteriores de separación artificial, es decir, una separación que no resulte inevitablemente para las masas de su propia actividad política (en esto nos diferenciamos del *Sozial-demokrat*) no consideramos permisible (aquí radica nuestra profunda diferencia con los críticos del otro campo) subordinar la cuestión de la firmeza e irreconciliabilidad de nuestra crítica y propaganda internacionalista al peligro de provocar una separación organizada.

La lucha ideológica y política entre nacionalistas e internacionalistas afecta a las antiguas organizaciones: partidos y fracciones. La historia pone a prueba su unidad. Ya podemos calcular que muchos cuadros se perderán para siempre para el movimiento obrero: una parte de estos elementos criados en el mecanismo legal de la sociedad burguesa irá Dios sabe dónde, la otra será rechazada por el curso de los acontecimientos al campo de los enemigos clásicos del proletariado. Es de suponer que los comités cristianos, liberales y renegados reunirán a un cierto número de trabajadores, en las filas de los trabajadores privilegiados o entre los trabajadores más atrasados ideológicamente. Habrá elementos que, por sus vínculos con el poder burgués o la ideología patriótica, se apartarán del movimiento obrero. Sería un milagro (un milagro de la resurrección del Sudekum y del Parvus) que la socialdemocracia alemana entrara en la nueva era histórica sin sobresaltos internos. Pero no hay milagro. Todos los militantes socialdemócratas serios ven el cisma como la perspectiva más probable, tanto en la izquierda como en la derecha. Pero en lo que respecta a la izquierda, considera el hecho como una *perspectiva*, no como una *consigna*. A los internacionalistas alemanes no se les ocurre hacer del cisma un principio consecuente con su trabajo político en su lucha contra el social-patriotismo. Por el contrario, intentan por todos los medios mantenerse en los marcos de las antiguas organizaciones, empezando por la fracción parlamentaria, donde sigue Liebknecht, y la Comisión de Control, donde sigue Clara Zetkin. ¿Para qué? Para ganar el poderoso aparato de la socialdemocracia para sus objetivos. Liebknecht, que votó en contra de los créditos, no abandonó el parlamento para empujar a Rühle a votar en contra del presupuesto y llevar, con su conducta, a una treintena de diputados menos decididos a abstenerse. Monatte abandonó el Comité Sindical Francés al publicar su valiente declaración, el primer acto serio de internacionalismo en Francia. Pero Merrheim, secretario de los metalúrgicos, se mantuvo en su puesto, y ahora cuenta con los votos de ocho federaciones a su favor. Mejor aún: la organización más fuerte de las provincias, la Unión de Sindicatos del Ródano, aprobó la declaración de Monatte y le encargó que volviera al comité para explicar sus puntos de vista. Siguiendo el camino del internacionalismo, la Federación de Haute-Vienne está lejos de querer abandonar el Partido Socialista. El Partido Laborista Independiente, aunque se opone firmemente al Partido Laborista, no ha considerado oportuno abandonarlo, a pesar de contar con su propio aparato.

Menos que nunca debemos considerar como un dogma absoluto del "internacionalismo" una limitación de su organización fuera de la vida interna de las masas, ese reservorio donde se nutre el ala internacionalista. En un momento en el que

las masas aún no se han dado cuenta de las consecuencias de su sumisión al poder; en un momento en el que la conciencia internacionalista revolucionaria está realizando sus primeras conquistas sobre una nueva base, la consigna de la limitación de la organización reforzaría el núcleo de nuestros partidarios, pero no haría más que alejarla de las masas proletarias. Es una consigna de autoaislamiento. Si la unidad de la organización de clase no es el primer principio absoluto que se presenta, no es, sin embargo, una fórmula vacía. El principio de unidad expresa la necesidad de unir las fuerzas de una clase oprimida, incluso sobre la base elemental de la resistencia a sus enemigos de clase. Este principio ha sido inoculado en el proletariado por la experiencia pasada de su lucha. Ningún político serio puede considerar este estado de conciencia proletaria como una nimiedad o una carga peligrosa. Será la piedra sobre la que construyamos y nos servirá para avanzar. Los internacionalistas no deben dedicar sus esfuerzos a provocar una escisión, sino a conquistar políticamente la organización. Si la lucha contra el social-patriotismo produce una escisión, ésta debe, en primer lugar, aparecer ante las masas como una conclusión política inevitable, la única salida a esta situación; entonces la responsabilidad política debe recaer, a los ojos de las masas, sobre los que destruirán la unidad y la disciplina, es decir, sobre nuestros enemigos de clase.

Ahora, en minoría, los internacionalistas estamos firmemente convencidos de que la lógica de la situación funciona a nuestro favor, llevando a las masas a las más crueles penurias y a la desesperación. Las ilusiones patrióticas se disiparán mañana o pasado mañana, como se disipa el humo. El despertar de la conciencia de clase entre los proletarios será aún más decisivo. En estos momentos, en la minoría (no sólo entre los dirigentes, sino también en las organizaciones obreras de la [Segunda] Internacional) no dudamos ni por un momento que el mañana será nuestro, que, a pesar de la tragedia de la crisis, nuestro trabajo debe estar impregnado de optimismo. Es muy diferente con los social-patriotas, de los que una parte de los cuales ya no tienen ninguna relación con los trabajadores y otra parte están asustados por el precipicio al que están arrastrando al partido. Son inevitables transformaciones decisivas entre los social-patriotas. En la incertidumbre de su posición, la fracción parlamentaria no pudo decidir la exclusión de Liebknecht. Liebknecht tuvo mucho acierto al aprovechar esta indecisión para mantenerse como elemento crítico y progresista. Los social-patriotas, que ahora son mayoría, sienten que el terreno se abre bajo sus pies y es posible que mañana decidan separarse. Que lo hagan ellos. Su corriente está en declive, una corriente que no tiene fe en la victoria.

Ante la enorme tarea que nos corresponde a los internacionalistas, nos negamos rotundamente a someterla a cualquier criterio organizativo. Sometemos los métodos de lucha contra el social-patriotismo a las concepciones del racionalismo político. Estamos convencidos de que, si tuviéramos que definir nuestro programa en el marco de las antiguas organizaciones obreras, la escisión se consideraría irracional en la inmensa mayoría de los casos.

Estas concepciones organizadoras derivan su fuerza de una única condición fundamental: la delimitación total de los distintos puntos de vista del social-patriotismo. Si Liebknecht, temiendo la exclusión, se hubiera limitado a un lenguaje moderado, habría cometido una falta mayor que si hubiera renunciado a un debate en el seno de la fracción parlamentaria. *Nuestro criterio supremo es poder manifestar con fuerza nuestro punto de vista ante la propia cara de la clase obrera*. La minoría opositora es responsable de las consecuencias de esta política sólo en medida muy limitada. No sabemos, no podemos predecir, no podemos adivinar, cuándo y en qué dirección se producirá la ruptura. Pero no tenemos derecho a posponer y atenuar nuestra lucha contra el social-patriotismo que está llevando al proletariado por el camino equivocado, ya sea por miedo o por una actitud

fetichista hacia las cuestiones de disciplina. Abandonar las filas socialistas francesas y alemanas sería una estupidez (una verdadera deserción ante los trabajadores), pero sería un crimen aceptar la propuesta de Kautsky y negarse a librar en tiempos de guerra una lucha implacable y decisiva contra el socialpatriotismo.

¿Vale la pena añadir que la socialdemocracia rusa no puede presentar ninguna excepción a este respecto? En efecto: es inadmisible suavizar la nueva contradicción que ha surgido en el socialismo, en nombre del principio de unidad de *la organización de la masa obrera*, ya que de la solución de esta cuestión depende el destino histórico de esta organización; es aún más inadmisible debilitar o dejar en silencio los problemas que nos separan del social-patriotismo, en nombre de la conservación de la unidad de las *agrupaciones parlamentarias* que constituyen la socialdemocracia rusa. Desde este punto de vista, la declaración del Secretariado de los Emigrados, bajo la firma de Axelrod, según la cual la posición social-patriótica de *Nacha Zaria* no se dirigiría contra la lucha revolucionaria antitzarista, nos parece teóricamente falsa y políticamente peligrosa. Se pueden tener diferentes opiniones sobre los métodos de las organizaciones, como los que tuvo que emplear el OK hacia la agrupación que escribió a Vandervelde sobre su cabeza, lo que constituye un acto de importancia internacional. Pero no cabe duda de la posición adoptada por la agrupación mencionada. Esta última, al solidarizarse con Plejánov y aprovechar, gracias a la "aceptación de la guerra" de este último, el monopolio de las relaciones legales con la clase obrera, facilita la labor de desmoralización, llevando el desorden a las filas de los que se esfuerzan por adoptar una posición internacionalista.

Cuando Yonov quiere subordinar la lucha por el renacimiento de la Internacional al principio: "unidad (de los viejos partidos) donde quiera que sea, pase lo que pase", sólo refuerza mecánicamente la posición del *Sozial-demokrat* con el método de éste: "separación pase lo que pase". Ambos afirman un principio absoluto por encima del complicado y matizado trabajo político. No podemos cerrar los ojos ante el hecho de que la mayoría en los viejos partidos está en contra de nosotros y a favor de los social-patriotas: parece que las claves de la unidad y la disciplina las tiene esta mayoría. Si los internacionalistas se limitan voluntariamente a los marcos de la disciplina y la unidad, ponen su destino en manos de los social-patriotas. Sería una criminal falta de decisión por parte de la oposición alemana no participar, según la concepción de unidad del partido, en las conferencias internacionales y no vincularse con los socialistas de izquierda. Pero sería una ligereza injustificada declarar que debe retirarse de la organización oficial del Partido Socialdemócrata.

Edicions Internacionals Sedov
Serie: Trotsky inédito en internet y en castellano

Edicions internacionals Sedov
Germinal

germinal_1917@yahoo.es